

Mientras el movimiento de la cultura general tiende á la unidad, por contradicción y contrasentido singular, tiéndese aquí á la separación y surgen graves tendencias separatistas que conviene á toda costa combatir. Háse divulgado una idea falsísima, la idea de que las Repúblicas, donde los lazos de la unidad son poco fuertes viven mucho tiempo. Y sin embargo, la historia dice á veces que si en el mundo antiguo y en el mundo de la Edad Media la monarquía predominó sobre la República fué por carecer generalmente las Repúblicas de aquella cohesión íntima y de aquella unidad suprema que, sin perjuicio de la variedad natural, agranda y robustece á los Estados. El mundo perdió su academia, su escuela, su gimnasio, el centro de toda cultura, cuando perdió las Repúblicas griegas, madres de los héroes, musas de las artes, diosas de las ideas. Y las Repúblicas griegas se eclipsaron primero y se perdieron luego por sus partidos separatistas, por sus interiores divisiones. Sus grandes hombres no comprendieron nunca que no bastaba con ser de Esparta, de Corinto, de Thebas, de Atenas; y para salvar la libertad y la República se necesitaba ser de Grecia. Los reyes macedonios triunfaron de las democracias halénicas más que por propia fuerza de la monarquía, por discordias interiores de sus inquietas enemigas, de sus ilustres víctimas que, al caer, apagaron la luz de la ciencia y de la libertad en el antiguo mundo. La gloria del mayor y más ilustre entre los oradores no consistió tanto en su sobria palabra, en su natural elocuencia, en sus maravillosos discursos, como en haber despertado sobre la ruina de tantos pueblos ilustres y sobre las ráfagas de tantas tempestades desencadenadas el ideal de la unidad de Grecia, de la unidad de su patria, vencida en Queronea por no haber sabido encarnar en la viviente realidad de su política el verbo luminoso de la más alta elocuencia.

La vida de Grecia se reanimó y se renovó su cultura, cuando entre el diluvio de las irrupciones germánicas surgieron, con la estrella del arte en la frente las repúblicas

italianas. Ellas rehabilitaron el trabajo y lo opusieron á la guerra; ellas fundaron una política independiente de las familias de los reyes y de las cábalas de los cortesanos; ellas trajeron á la vida y educaron en la libertad esos pueblos de héroes, de artistas, de poetas, que han fundado en la movable tierra de la laguna adriática y en las arenas de las costas mediterráneas la oriental Venecia, con sus palacios revestidos de multicolores mosaicos, la marmórea Génova, con sus colosales monumentos, y en las orillas del Arno la ilustre Pisa, con sus tumbas, tras las que parece alborear el día de la eternidad, y la sabia Florencia, que recuerda el esplendor y la belleza de Atenas; ellas pusieron el genio de la adivinación en los grandes descubridores y navegantes; el genio de la poesía en los mayores épicos y líricos de la Edad Media, el cincel en las manos que esculpieron las puertas del Baptisterio florentino y levantaron las sombras de la escultura antigua sobre las cimas del sepulcro de los Médicis; los pinceles en aquellos artistas extraordinarios que coronaron el Renacimiento, y á la forma humana encorbada bajo la maceración y la penitencia, le dieron su primitivo vigor y hermosura: glorias, grandezas, que desaparecieron por sus enemistades, por sus odios, por sus guerras, por preferir la alianza con el Emperador ó con el Papa á la alianza con las democracias enemigas, por llamar contra la rival afortunada al bárbaro y al extranjero, emulando en errores como en milagros á la antigua Grecia, viviendo de su vida de inspiraciones, y espirando de su propia muerte. (*Aplausos.*)

Una República se estableció en Europa con ese carácter de independencia mutua y de semiseparación conque aquí se sueña, y esa República, que no es otra sino Holanda, para busear una sombra de unidad, comenzó por tener á su frente una monarquía hipócrita y concluyó por constituirse en monarquía definitiva. Así, los más ilustres pueblos republicanos del mundo marchan á la unidad; el pueblo de los Estados Unidos en América y pueblo de la Confedera-

ción helvética en Europa. Tres grandes momentos tiene en su historia el pueblo americano; la guerra de la independencia, la Convención de Filadelfia, el advenimiento de Lincoln. Y estos tres momentos señalan tres grandes esfuerzos por la unidad fundamental de aquella República. En el primer momento los descendientes de los antiguos puritanos, los demócratas, los evangélicos, se reúnen con los descendientes de los antiguos caballeros, los aristócratas, los episcopales, para romper el yugo de la monarquía y establecer las Repúblicas, que surgen, estrellas deslumbradoras, por los cielos del Nuevo Mundo. Pero recientes las rivalidades entre los colonos, poco expertos estos en política, atentos á sus intereses locales, orgullosos con la soberanía de los Estados individualistas por tradición y por temperamento, explían el régimen holandés, la semi-separación de las provincias que les da la anarquía demagógica en unas partes, la arbitrariedad oligárquica en otras, la pobreza en todas la irregularidad en la percepción de los tributos, la guerra encanada entre los partidos, la falta de crédito fuera y la deshonra dentro, hasta que viene la gran Convención de Filadelfia á someter tantas fuerzas dispersas, á uniformar tantos Estados diferentes, á pacificar tantas guerras locales, fundando la unidad de la nación. Y todavía en este segundo progreso han dejado demasiada latitud á los Estados en su gobierno propio; y de esta excesiva latitud surgen dos males que pueden acabar con la confederación americana; un germen separatista que enerva las fuerzas de la República y una consagración de la esclavitud que la pudre y la desmoraliza, y viene la gran crisis, aquella en que todos los monárquicos europeos se pusieron de parte del Sur, anhelando ver cómo el viento barria las estrellas que iluminaban y vivificaban nuestras esperanzas, la crisis de la última guerra, y se levanta la unidad de la patria la unidad de la República, la unidad del derecho, á castigar á los Estados Caines y á fundir las pesadas cadenas de tres millones de esclavos. (*Ruidosos aplausos.*) Y desde enton-

ces no ha perdonado medio ni sacrificio el gobierno nacional para contener la unidad del derecho humano, sosteniendo la emancipación de los negros y para sostener la unidad nacional castigando rudamente á los Estados separatistas y rebeldes, porque sabe que seria la ruptura de la unidad, la perdición de la democracia en Europa y en América.

Y lo que digo de América digo de Suiza. Tres momentos tiene también el pueblo helvético, tres años que son como los días de su génesis; el año de 1815, el año 1848 y el año 1874. Por 1815, la Santa Alianza de los reyes que dirigían la reacción europea, quiso acabar con esta República en el Congreso de Viena. Cuentan las crónicas que el dicho agudo del jefe de la diplomacia reaccionaria salvó la confederación, «ese grano de amizcle que perfuma toda Europa.» Mas á fin de que no tuviera fuerza, vigor y grandeza, establecieron un régimen separatista, un régimen holandés, que al poco tiempo había dado estos frutos de muerte; en los Estados protestantes un oligarquía aristocrática; en los Estados católicos una tiranía religiosa, la peor de todas las tiranías imaginables. Los pensadores y los patriotas convinieron en caminar hacia la unidad política y hacia la uniformidad de derechos. ¿Quiénes se optieron? Como en América los Estados del Sur, en Suiza los Estados del Sunderbun; como en América los Estados esclavistas y en Suiza los Estados teócratas. Y por fin la revolución de 1848 consagró la unidad de la nación, y con la unidad de la nación, la victoria de la democracia. Pero la excesiva autonomía dejada á los Estados en aquella Constitución trajo violaciones al pacto fundamental, ataques á la inviolabilidad de la conciencia, soberbia oligarquía en algunos Estados, tiranía religiosa en otros, y la última revisión ha llevado más libertad á los ciudadanos y más concentración al gobierno.

¿Quién dejará de rendirse á la evidencia de otros ejemplos? Entre nosotros, los pueblos semi-separatistas por ex-

celencia son los pueblos vascos. Y miradlo, si exceptuáis aquella villa singular, cuyo heroísmo es nuestro orgullo y la admiración y la envidia de los extraños, la Zaragoza de la libertad; si exceptuáis aquellas ciudades que pertenecen al espíritu moderno; los que nacieron bajo el árbol de Guernica, el monumento más antiguo de la democracia en el mundo, los que salvaron sus Repúblicas de todas las invasiones, haciéndolas tan fuertes como las montañas contra las cuales se estrellan las férvidas olas del mar Cantábrico; los que se gobiernan á sí mismos con las instituciones más federales quizás de toda la tierra; por adscritos á sus altares y á sus ídolos, por separados en sus hogares, á un tiempo del espíritu moderno y de la unidad nacional, por no respirar el aire cargado que respira nuestra conciencia, han hecho de los riscos, que saludamos como asiento de los eternos municipios, los dólmenes sangrientos donde se sacrifica la libertad; han hecho de su árbol, cantado por los poetas y saludado por los oradores republicanos, el venenoso manzanillo de la democracia; han hecho de su hierro, que habían jurado emplear en defensa de sus libertades, espadas contra nuestros corazones, argollas para nuestros brazos; siendo hoy esclavos de un rey absoluto y parricidas asesinos de la patria. (*Ruidosos aplausos.*)

En el fondo de la guerra vasca hay una tendencia separatista y otra tendencia separatista en el fondo de la guerra cantonal. Las dos utopías se juntan en sus resultados; las dos son igualmente funestas. Hubo momentos de este último verano en que creímos completamente disuelta nuestra España. La idea de la legalidad se había perdido en tales términos, que un empleado cualquiera de guerra asumía todos los poderes y lo notificaba á las Cortes; y los encargados de dar y cumplir las leyes, desacatabanlas, sublevándose ó tocando á rebatido contra la legalidad. No se trataba allí, como en otras ocasiones de sustituir un ministerio al ministerio existente, ni una forma de gobierno á la forma admitida; tratábase de dividir en mil porciones nues-

tra patria, semejantes á las que siguieron á la caída del califato de Córdoba. De provincias llegaban las ideas más extrañas y los principios más descabellados. Unos, decían que iban á resucitar la antigua coronilla de Aragón como si las fórmulas del derecho moderno fueran conjuros de Edad Media. Otros decían que iban á constituir una Galicia independiente, bajo el protectorado de Inglaterra. Jaén se apercibía á una guerra con Granada. Salamanca temblaba por la clausura de su gloriosa Universidad y el eclipse de su predominio científico en Castilla. Rivalidades mal apagadas por la unidad nacional en largos siglos, surgían como si hubiéramos retrocedido á los tiempos de la barbarie, á los tiempos de zegríes y abencerrajes, de agramonteses y viamonteses, de Castros y Laras, de Capuletos y Montecos, de guerra universal. Villas insignificantes, apenas descritas en el mapa, citaban Asambleas Constituyentes. La sublevación vino contra el más federal de todos los ministerios posibles en el momento mismo en que la Asamblea trazaba de prisa un proyecto de Constitución, cuyos mayores defectos provenían de la falta de tiempo en la comisión y de la sobra de impaciencia en el gobierno.

Y entonces vimos lo que quisiéramos haber olvidado; motines diarios, asonadas generales, indisciplina militar, republicanos muy queridos del pueblo muertos á hierro en las calles; poblaciones pacíficas, excitadas á la rebelión y presas de aquella fiebre; dictadura demagógica en Cádiz; rivalidades sangrientas de nombre y familias en Málaga, que causaban la fuga de la mitad casi de los habitantes, y la guerra entre las facciones de la otra mitad; desarme de la guarnición en Granada después de cruentísimas batallas, bandas que salían de unas ciudades para pelear ó morir en otras ciudades sin saber por qué, ni para qué seguramente, como las bandas de Sevilla en Utrera; los incendios y las matanzas en Alcoy; la anarquía en Valencia; las partidas de Sierra Morena; el cantón de Murcia entregado á la demagogia y el de Castellón á los apostólicos; pueblos caste-

llanos llamando desde su barricadas á una guerra de las Comunidades, como si Carlos de Gante hubiera desembarcado en las costas del Norte; horrible y misteriosa escena de riñas y puñaladas entre los emisarios de los cantoneros y los defensores del gobierno en Valladolid; la capital de Andalucía en armas; Cartagena en delirio; Alicante y Almería bombardeadas; la escuadra española pasando del pabellón rojo al pabellón extranjero; las costas despedazadas, los buques como si los piratas hubieran vuelto al Mediterráneo; la inseguridad en todas partes; nuestros parques disipándose en humo y nuestra escuadra hundiéndose en el mar; la ruina de nuestro suelo, el suicidio de nuestro partido; y al siniestro relampagueo de tanta demencia, en aquella caliginosa noche, la más triste de nuestra historia contemporánea, surgiendo como rapaces nocturnas aves de las ruinas, las siniestras huestes carlistas, ganosas de mayores males, próximas á consumir nuestra esclavitud y nuestra deshonra, y á repartir entre el absolutismo y la teocracia los miembros despedazados de la infeliz España. (*Ruidosos aplausos.*) ¿Tuve yo razón ó no para decir que la utopía había quedado consumida en aquel incendio? Y no resucitará.

Toda utopía produce los mismos males, así la utopía demagógica como la utopía monárquica. Por eso insisto é insistiré continuamente en la necesidad de condenar á una con el mismo rigor los cantones y la restauración. La política restauradora en una política insensata en todos tiempos y en todas partes. Un pueblo que vuelve á las formas de gobierno ya desechadas, y á las dinastías ya despedidas, es un pueblo de irremediable inferioridad política, sobre todo, si esas formas de gobierno y esas dinastías se han probado en larga y no interrumpida experiencia. Restauración quiere decir, retroceso, y retroceso quiere decir decadencia. La palabra tiene ya un sentido claro y universal; vuelta la reacción, lo que equivale á decir, que vuelta á las revoluciones. Y los pueblos vuelven también difícil-

mente á las restauraciones, que casi todas las conocidas han sido obra de la intervención extranjera. La influencia de Luis XIV restauró á los Estuardos; las escuadras de los ingleses y las armas de los austriacos, protegieron á los destronados Borbones de Nápoles; los aliados llevaron en sus bagajes la familia de Borbón á Francia, que fué nuevamente despedida por el pueblo y no será jamás restaurada; los cien mil hijos de San Luis restauraron á Fernando VII en su infame absolutismo; la Santa Alianza volvió á Pío VII al trono de Roma; y con triple intervención Francia, España y las dos Sicilias, volvieron á Pío IX; las bayonetas europeas, restauraron el imperio, la monarquía en Méjico. ¿Qué auxilio tiene en el mundo la restauración española?

Y reflexionad que en todas partes ha sido inútil este esfuerzo. La restauración ha vuelto á desplomarse por su propio peso. Los Estuardos volvieron al castillo de San Germán, de donde habían sido llamados por la traición de un general. Los Borbones de Nápoles huyeron ante la imagen de Italia libre y una. Los Borbones de Francia, que se creían reinstalados por toda una eternidad en las Tullerías, pasaron quince años entre conspiraciones y cayeron baridos y dispersados por la cólera del pueblo. Ni su grandeza, ni su antigüedad, ni su prestigio, ni su mágico influjo en los ánimos, han preservado al trono de los Papas de esta ley general de la historia, que vimos cumplirse también muy claramente con la absurda restauración de la monarquía allá en América. Esfuerzos inútiles condenados á dar siempre de sí las mismas indeclinables consecuencias, he ahí la Restauración. (*Muestras de asentimiento.*)

Cuando una institución tan arraigada como la monarquía, de recuerdos innumerables, de prestigio infinito, confundida con el suelo y con la historia, se pierde, se acaba, es porque se ha perdido, porque se han acabado antes que ella las ideas y los sentimientos en que se accionaba y vivía. Recorred la tierra, subid á las alturas del cielo, evo-

cad el genio de los pasados siglos en busca de un filtro, y nada habréis hecho si no alcanzáis á tener una especie de laboratorio tan grande como el Universo, para forjar algo que exceda en extensión al espacio, la conciencia de un pueblo; algo que exceda en fecundidad á la luz, al calor, á la electricidad, la idea de un siglo. Y si la conciencia del pueblo no ha rechazado á las antiguas dinastías, ¿por qué cayeron? Y si la idea del siglo no las ha herido y las ha marcado con su inapelable reprobación, ¿por qué no se sostienen? O esas dinastías eran fuertes, y entonces el impulso que las derribó fué mucho más fuerte que ellas, ó esas dinastías eran débiles y entonces no habránpo dido recobrar en el destierro las fuerzas que les faltan. Nada nos traería la familia destronada; ni una línea de terreno; ni un aumento de influencia, ni paz, ni autoridad, ni orden, puesto que al restaurarla, restauraríais también los odios que han minado su trono, y que han concluido por derribarlo cuando tenía el prestigio de la inviolabilidad y la aureola de una tradición jamás interrumpida en nuestra historia.

Entre los pueblos occidentales hay plena solidaridad. Y la casa de Borbón es de restauración tan imposible en Francia como en España, y en España como en Italia. El campesino francés que antes adoraba la bandera blanca y las flores de lis en ella sembradas, ahora se enfurece de cólera á la vista de la bandera blanca, y la cree sudario de su patria. El pueblo español, que se sacrificaba por sus reyes en la guerra de la Independencia y en la guerra civil, ahora reniega de sus reyes. Y tiene razón. Ellos ensangrentaron con sus eternas discordias mil veces nuestro suelo; ellos sacrificaron á sus pactos é intereses de familia nuestra grandeza en el mundo; ellos perdieron á Gibraltar en la guerra de sucesión y lo olvidaron en la paz de Utrech; ellos cedieron solemnemente la tierra de Zaragoza y de Gerona al conquistador extranjero; ellos mandaron, por la mano aleve de Fernando VII, los más ilustres patriotas á la emigración y al cadalso; ellos destru-

yeron y malograron en el reinado último, todos los sacrificios hechos por la libertad en una guerra de siete años; y hoy mismo, sobre la infame insurrección del Norte, sobre nuestros caminos borrados, nuestros telégrafos rotos, nuestras estaciones en cenizas, nuestros campos talados, nuestros riscos destilando sangre, nuestros soldados muertos á millares, se levanta la siniestra sombra de un Borbón, como para recordarnos que está destinada su funesta estirpe á oprimirnos y desangrarnos perpetuamente, y que solo merece nuestro odio, y solo debe esperar de nosotros una maldición que se extienda y se perpetúe de siglo en siglo á todas las generaciones. (*Ruidosos aplausos*).

Todas las épocas de restauración han sido épocas de venganza, todas. Venganza en Inglaterra, donde persiguieron las personas y propiedades de los vivos y escarbaron la tierra para encontrar y castigar los huesos de los muertos; venganza en Francia, donde esparcieron el terror blanco, más cruel y más implacable que todas las saturnales demagógicas; venganza en Italia, que todavía recuerda con horror y con espanto, los rostros lividos de los patriotas arrojados al mar Tirreno, en presencia de la corte entregada á maritimas fiestas, para agravar el ajeno tormento y la propia crueldad; venganza en la exaltada España realista, en la España de los perjuros reales, de los olvidos ingratos, de las purificaciones neronianas, de los destierros en conjunto, de los asesinatos en masa, del restablecimiento de la Inquisición; venganza en España, que ofrece desde Barcelona á la Coruña, desde Mallorca á Cádiz, en sombras siniestras, una elevada cordillera de cadalsos donde perecieron los héroes de la Independencia, inmolados por el regio cortesano de los conquistadores; que la venganza es para los nacidos en el trono y criados en la proscripción, al volver á sus reinos, como el cumplimiento del deber, como la señal de la victoria, como la sanción de la justicia. (*Aplausos*).

¿Tan apocados seremos que creamos posible y honroso

renegar de la revolución de Septiembre? ¿Por qué entonces la emprendimos con tenacidad y la consumamos con resolución? Hoy que los restauradores se muestran orgullosos y los revolucionarios débiles, reivindicemos la parte que en esa revolución nos haya cabido. Pero ¡Ah! que me acompañan muchos entre los más conservadores generales de la revolución, ministros de la revolución, embajadores de la revolución, diputados de la revolución, alcaldes de la revolución, que no querrán ser hoy traidores á la revolución, para volver á ser mañana, por necesidad, por fuerza, traidores también á las restauraciones. Si ha costado mucho la revolución, no necesitaría de grande esfuerzo para demostrar que sus dificultades materiales provienen del antiguo régimen, sus dificultades económicas del antiguo régimen, y solo al antiguo régimen es imputable la educación de nuestro pueblo. Si ha costado mucho, también ha valido mucho; ha valido la emancipación de nuestra conciencia, la libertad religiosa, el advenimiento de la democracia y la proclamación de la República, que en todas las naciones libres han triunfado tras siglos enteros de combates y de sacrificios. Pero por lo mismo que ha costado mucho, por lo mismo que cuesta muchísimo el conservarla y el salvarla, por lo mismo que las revoluciones son tan dolorosas, yo deseo que no retrocedamos, porque no temo para mi patria tanto el retroceso en sí, como la nueva serie de revoluciones á que nos veríamos tristemente condenados después de una ciega restauración. (*General asentimiento*).

Para la República en el año pasado no hubo más peligro que la demagogia; para la República en el año corriente, no hay más peligro que la restauración. Evitemos ésta como vencimos aquélla. Así la República no debe ser patrimonio de ningún hombre, ni de ningún partido; es la nación dirigiéndose así misma, y en sus amplias instituciones, en su maravillosa flexibilidad, en los grados de desarrollo que admite y consiente, todos los partidos pueden gobernarse sin desdoro y sucederse en el poder sin

conflictos y perturbaciones, conforme los llamen las exigencias de la sociedad y los votos de la opinión. Nadie se desdora de acudir á un Ayuntamiento, á una Diputación provincial ó á un Congreso cuando sus electores lo llaman, y nadie puede ni debe desdorarse, por más monárquico que sea ó haya sido, en servir á una República, á esa forma impersonal de la nación soberana á que todos pertenecemos. Lo que no puede admitirse, lo que no debe admitirse, lo que siempre será contrario á todo sentimiento de la más vulgar honradez, lo que no tiene nombre, es aceptar un cargo en la República para conspirar contra la República. Fuera de eso, como la crisis presente es tan larga, como las sociedades modernas oscilan de continuo entre el progreso y la estabilidad, sucédanse en buen hora los partidos conservadores y los partidos progresivos dentro de la República, según lo pidan las necesidades sociales. Nosotros tenemos más deber que nadie de apoyar á los gobiernos sinceramente republicanos; porque así como sería increíble que los conservadores tomaran el nombre de republicanos para destruir la República, sería increíble también que por haberla propagado cuando todos la condenaban, por haberla defendido cuando todos la perseguían, nosotros pretendiéramos que la República fuese nuestro exclusivo patrimonio, nuestro pingüe mayorazgo, cuando la República es como el sol, como el aire, propiedad común de todos los españoles. Traición negra sería que los conservadores conspirasen desde el gobierno republicano contra la República, y demencia ciega sería que los Republicanos pidieran exclusivamente para sí el gobierno de la República. No, mil veces no. La República, repito, es la nación, y la nación no pertenece á ninguna persona, á ninguna familia, á ningún partido, la nación es de todos sus hijos.

Y sin embargo, hay quien dice que la República no puede ser bandera contra el carlismo; que la República no puede ser bandera contra la tiranía. Muchas veces llama poderosamente mi atención especialísimo fenómeno. Se